

DISCURSO DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

Señor Rector, señores:

El acto solemne de la clausura de estudios manifiesta el espíritu del Colegio del Rosario.

Aquí no se premia el talento notable, ni la sobresaliente memoria, ni siquiera la audacia locuaz del que sepa aparentar ciencia; se da público testimonio de distinción a los alumnos que lo hayan merecido, antes de que se verifiquen los exámenes: de suerte que tampoco es el criterio del éxito alcanzado el que preside la distribución de los honores.

Aquí se premia el mérito conquistado por la voluntad, el esfuerzo de todos los días, quizá una mortificación constata para no quebrantar el reglamento, tal vez el sacrificio ignorado por los compañeros pero que el Rector conoce o adivina, la aplicación asidua, sin desmayos ni entusiasmos transitorios, todo esto es lo que se tiene en cuenta para adjudicar los premios.

Y los premios no son objetos de valor material, ni vistosas medallas, ni apreciados libros, sino sencillos diplomas en que el Rector y Claustro hacen constar que el alumno ha merecido premio.

Esta práctica, con muda elocuencia, ofrece la más fecunda lección. Si en el Colegio del Rosario se premia la voluntad, el esfuerzo realizado por ella durante el año; y si el premio apenas consiste en el testimonio de haberlo merecido, es porque el orden y la aplicación a los estudios no se realizan por motivos utilitarios de finalidad inmediata, es porque se persigue el intento de que los alumnos aprendan a cumplir el deber por el deber y de que cada cual sepa gobernarse a sí mismo. Yo os felicito por ello, señores alumnos.

Nuestro sapientísimo Rector ha resuelto así, dentro del afortunado claustro, que es «congregación de per-

sonas mayores,» el magno problema nacional, síntesis de todos los demás: el de la educación. Porque él consiste cabalmente en la formación de caracteres, en hacer voluntades enérgicas, en enseñarle a uno el gobierno de sí mismo. Y como uno es el solo maestro eficiente de su propia energía, el único preceptor directo e inseparable para dirigirla, este problema es personalísimo y tan difícil como necesario de resolver.

Somos y podemos ser lo que queramos; no en un sentido quimérico, sino en el verdadero y grandioso de conseguir, con voluntad enérgica, que supone reflexión acertada, el fin a que aspiremos: vasto es el horizonte y la mañana fresca y propicia para el trabajo: al proponernos un objetivo mirémosle con amor y decisión, empeñémonos entusiasmados en lograrlo, que de una en otra noble ambición llegaremos a Dios, nuestro fin último.

Para que la voluntad no sea dirigida equivocadamente es preciso, ante todo, que seamos sinceros con nosotros mismos, para ver de amoldarla a las normas morales y disciplinarla: confesarnos nuestros errores y nuestras faltas, aun cuando sea preciso arrancar uno a uno los pétalos de la engañosa flor de una ilusión.

Este saludable desapego de nuestros caprichos y prevenciones es lo que propiamente se ha llamado *buen voluntad*, don preciado porque se funda en la humildad, se dirige a la perfección y se inspira en Dios. Vuestro ilustre Rector os ha dicho muchas veces aquello de que Cristo no vino a buscar a los poderosos, ni a los grandes, ni siquiera a los de mente levantada: al llegar saludó a los hombres de buena voluntad.

Esta sola consideración basta y sobra para encomiar las excelencias de una voluntad bien dirigida, de una buena voluntad, que en sí compendia todas las virtudes: porque la voluntad de no complacer a uno mismo sino a los demás, es abnegación; la de amar a

todos, es caridad; la de servir a su país es patriotismo; la de obrar con imparcialidad y honradez, rectitud; la de ser generoso con los enemigos, magnanimidad; la de dar a cada cual lo que le corresponde, justicia; la de ser bueno en todo, santidad.

Os digo así porque pienso, como el despreocupado Rodó, que hablar a la juventud sobre nobles y elevados motivos, cualesquiera que sean, es un género de oratoria sagrada; y estimando, como el mismo escritor, que la juventud es campo propicio, en donde la semilla de una palabra oportuna suele dar frutos de una inmortal vegetación, quiero decíroslo, si desprovista de galas, no por eso menos sincera y entusiasta.

Los hombres más admirados han sido los enérgicos. El talento, el arte, la riqueza, el poderío, conquistan adeptos; pero la única admiración firme se la lleva la energía. La riqueza heredada provoca envidias o desprecio orgulloso; la riqueza lograda por un hombre a fuerza de trabajo, a virtud de energía, cautiva la admiración de la muchedumbre.

El hombre débil es colérico para mandar, miedoso para resistir, ruin para juzgar, pequeño ante el poderoso, crédulo del lisonjero, incapaz de nada grande.

El enérgico, por el contrario, es respetable aun cuando no lo pretenda, valiente en la adversidad, libre de los demás y de sí mismo, grande para la vida y para la muerte.

Piensa el vulgo que el rebelde es hombre enérgico y que la firmeza interior ha de traducirse en altivez de modales. Este criterio pueril no sabe la vieja verdad de que la disciplina racional es propia de aquellos que están hechos para el mando, porque saben obedecer, gobernándose a sí mismos; y se paga de la fanfarronería, que apenas sirve para ocultar a las miradas superficiales la incapacidad y el débil ánimo.

Una gloriosa tradición nos obliga a ser enérgicos. La energía de la iniciativa adivinadora es Nariño; la energía de la disciplina es Maza; la enérgica voz del derecho es Camilo Torres; la energía de las virtudes patricias es Torices, es Mosquera, es Cabal, es Caycedo, la sabiduría enérgica es Caldas, la energía de la probidad es Castillo y Rada, la energía que forja inmortales es Ricaurte, velado a nuestros ojos por la bruma de la gloria, es Girardot que hace flamear en la cumbre la enseña de la República!

Epocas hay en que mengua la energía y el desaliento cunde. La desgana de pensar, la pereza de querer, el crimen de la inacción, junto con el desprecio de lo grande y el reflujo de las nobles aspiraciones, son los atributos de esa temible enfermedad llamada *abulia*. Invadida por ella una nación, sucumbiría; no permitamos que se empañe con tan peligroso vaho el terso espejo de nuestro optimismo.

A veces lo que embota a la voluntad es la atonía del despecho, que la hace parpadear como incierta llama, sin que la simple reflexión sea bastante para reanimarla. De ahí la necesidad de crearnos estímulos que obrando sobre el sentimiento nos salven. El que recibimos de los demás, del maestro, del amigo, quizá del inferior, alienta: pero no está en nuestro poder procurárnoslo sino de un modo indirecto: haciéndonos acreedores a él; en cambio hay estímulos de los cuales podría decirse la palabra divina: «dentro de vosotros están.» El testimonio de la conciencia tranquila porque uno ha obrado bien, los dulces placeres proporcionados por el trabajo y por el deber cumplido, las aspiraciones mentales y la vida de los afectos, abren un horizonte ilimitado que hace también indefinido el campo de los estímulos que podemos crearnos.

Queramos con firmeza: no con la obstinación de los

tercos, que es la tenacidad de los que no han pensado, sino con energía ilustrada por reflexión previa.

Y hermanemos la voluntad con la acción. Preciso es eliminar de la vida esa especie de fatalismo disimulado que enerva nuestra acción eficaz: solemos poner algo de nuestra parte pero alimentamos una vaga esperanza de que lo demás sea obra de lo inesperado; y como esta deidad no existe ni siquiera precisada en nuestras mentes, ella jamás vendrá a soltar nuestras dificultades. Ayúdate, dijo el Señor al hombre como condición indispensable para darle El su apoyo. Este ayudarse no es otra cosa sino entrar francamente en acción, pero en acción completa y animosa.

Muestra de una voluntad enérgica es el decidirse a tiempo. Algunos difieren siempre el adoptar un parecer y a veces nunca llegan a tomarlo: cuando se les presentan varios caminos de los cuales han de elegir necesariamente uno, después de mucho cavilar nada resuelven, de manera que la decisión viene a ser impuesta por la fuerza inexorable de los hechos. Y hay que obrar a tiempo, pues la acción suele valer por su oportunidad. La demora en decidirse no es garantía de acierto ni la demora excesiva en el obrar es prenda de mejor ejecución.

No nos dejemos alucinar por la idea de que haremos muchas cosas en tiempos futuros o cuando estemos en distintas circunstancias de las actuales; cumplamos con lo que nos incumbe en el día presente, y así será mejor, que pensar en grandezas a las cuales no estamos llamados todavía. El estudiante que reservara su aplicación a los estudios para cuando fuera un profesional nunca llegaría a serlo, ni sería hombre de Estado aquel a quien no le agradase intervenir en los negocios públicos sino en tiempos en que no se presenten graves situaciones ni problemas difíciles.

La energía de la voluntad es el resorte que hace activos a los hombres, la fuerza que sostiene a los magistrados rectos, el cauce que recoge la inspiración de los artistas. Esa energía es *alma mater* de los inventos y de todo noble y grande empeño. Quien la posea desconocerá los bajos fondos de la envidia, porque el hombre superior admira el mérito ajeno, sin reticencias y dondequiera que se se halle.

La energía de la voluntad es alteza de miras, es progreso, es perfección moral, es arte, es justicia, es honradez profesional, es amor patrio.

Recuérdase con frecuencia a los jóvenes que son la esperanza y el porvenir de la patria. Yo me atrevo a deciros que sois la realidad y el presente de ella. No puede envaneceros el concepto, porque quien os lo dice no es sino uno que marcha con vosotros, explorando la ruta que habéis de tomar; y porque lo que acabo de deciros no es propiamente un elogio, sino la manifestación de que sobre vosotros pesa ya el honroso deber de servir a la Patria.

Hoy por hoy os toca, como labradores de vuestro propio terruño, cuidar de la simiente depositada allí por los maestros y hacerla germinar con entusiasmo; mañana, cuando la planta ostente su vigor, vuestro deber de colombianos de la época presente es el de ser grandes!

Que el pensamiento, levantado en lo alto de la torre de marfil de vuestro ensueño, no se doblegue a esas mentiras que de antiguo circulan por el mundo y que se presentan hoy seductoras con vistosos ropajes de oropel; que la voluntad vaya siempre en pos de la alta cumbre, nunca abatida por el soplo maléfico de los vicios; que seáis grandes también como hombres de acción, porque así lo requieren en estos tiempos la seguridad y la gloria de la República.

Cultivemos la virtud del entusiasmo, que sólo con

ella se conquista eso que hermosamente se ha llamado, desde esta misma tribuna, *el ideal del triunfo*.

El genio de la acción, quién sabe para qué fines providenciales, está agitando al mundo: en unas naciones causa la locura de la guerra; en otras, la fiebre del mercantilismo; en algunas, el ardoroso afán de los progresos materiales, y en todas, esa necesidad de movimiento que distingue a la azarosa vida moderna.

Colombia está en un período de resurgimiento y vosotros sois las fuerzas vitales que han de animarla.

Las grandes energías que fundaron nuestra nacionalidad, forjadas sobre este yunque del Colegio del Rosario, iluminado aún por los vívidos resplandores de la épica contienda, han de revelarse en vosotros también para que cooperéis a los fines que en la presente hora corresponden a nuestra Patria.

La convulsiva existencia en que, a raíz de su nacimiento, se retorciera ella durante un siglo, parece reemplazada por una era de civismo, de paz y de progreso en que la Providencia ha querido traerlos. Preciso es darse cuenta de lo que significa para nosotros este momento de la Historia. No pelearemos ya probablemente las batallas marciales de la libertad. Una lucha incruenta pero fecunda os aguarda: es la lucha sorda y pacífica de los esfuerzos tenaces en la que habéis de entrar. Estamos en el siglo de la acción, y en la acción eficaz debéis esforzaros para vencer.

Este plácido remanso de vuestra vida estudiantil será talvez no muy tarde caudalosa corriente. Velad por que el gran río no arremoline y hunda las barquillas de vuestras energías, sino que antes bien, en fecundante riego, vaya llevando hasta los más apartados parajes de nuestra amada Colombia vuestro esfuerzo creador como hombres de acción, el progreso impulsado por vosotros como hombres de voluntad tenaz, y el ideal que anima la materia inerte y todo lo embellece.

En vuestra marcha triunfal no dejará de sonar la agorera voz que dice que aquí no hay caracteres, que

nuestras voluntades son endeble, que nuestro esfuerzo se esfuma en discusiones estériles y en múltiples teorías, pero sin traducirse en la acción.

Os toca nada menos que desvanecer esas preocupaciones, luchar quizá contra un medio adverso, no desalentaros por la contrariedad pasajera, vencer a vosotros mismos y, para hacer grande a Colombia, imponeros como voluntades enérgicas y ser hombres.

JOSÉ ANTONIO MONTALVO
colegial y catedrático de derecho
internacional privado.

Octubre de 1922.

CLAUSURA DE ESTUDIOS

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en el año de 1922,
270° de su fundación

PREMIOS

Los colegiales que han desempeñado en propiedad el cargo de inspectores, están fuera de concurso para los premios de conducta, pero no para los de clases.

Entre los colegiales obtuvo el primer premio el señor

D. DOMINGO ARENAS, B. A.

Segundo premio

D. FÉLIX CAMARGO, B. A.

Los demás colegiales merecen, en el presente año, particular mención honorífica, por su comportamiento intachable, su consagración al estudio y los servicios que han prestado al Colegio. Son los señores:

D. CRISTOBAL GARCIA, B. A.

D. JOAQUIN NAVIA

D. BERNARDO REYES, B. A.

D. MARCO FIDEL RIVEROS, B. A. y

D. ESTANISLAO ZULETA, B. A.